

● Almed publica la apasionante biografía de Richard Burton, el formidable aventurero británico del Ochocientos cuyas andanzas fascinaron a Borges

# El hombre y lo sublime

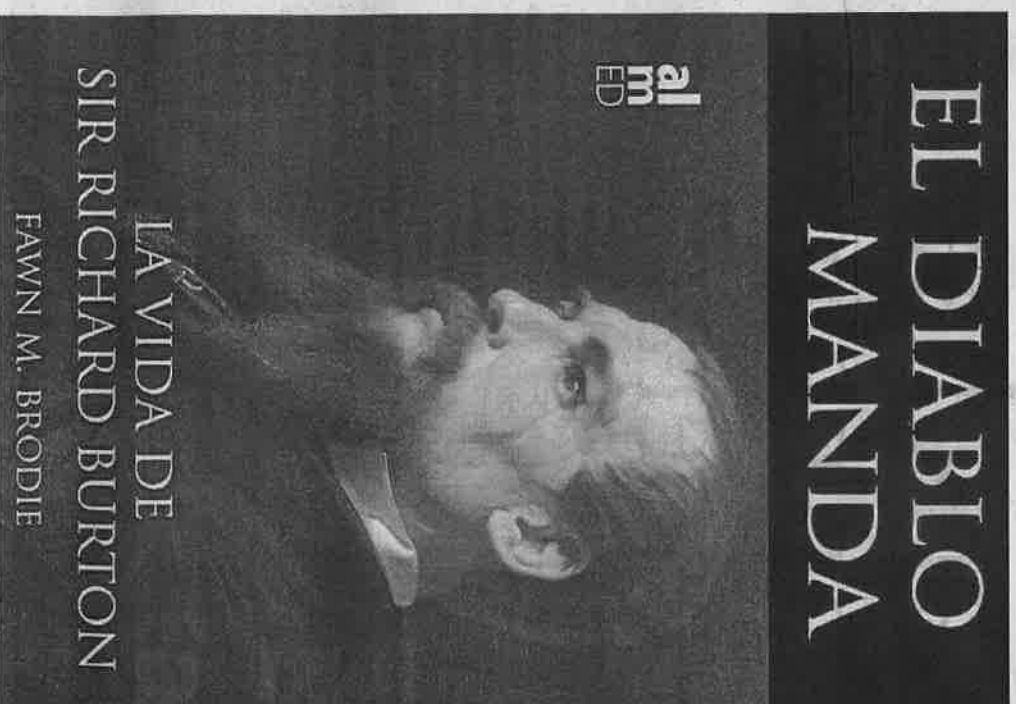
**EL DIABLO MANDA. LA VIDA DE SIR RICHARD BURTON**

Fawn M. Brodie. Trad. Clara Morán. Almed. Granada, 2015. 490 páginas. 29 euros

**Manuel Gregorio González**

Richard Burton asistimos a la expresión de una reciente categoría estética. Sin dicha categoría —lo sublime— no es posible elucidar adecuadamente tanto la literatura como la vida de este formidable aventurero del Ochocientos.

Fawn M. Brodie, que escribe esta exhaustiva biografía a finales de los 60, aborda la totalidad del ciclo artístico y vital del capitán Burton subrayando la estrecha relación de dos asuntos en apariencia disparejos: el gusto de Burton por la aventura, por lo demoníaco, por lo escabroso, y la aparente castidad de su matrimonio con Isabel Arundell. Es decir, Brodie acomete la compleja personalidad de Burton desde el psicoanálisis, llegando a resultados brillantes, a observaciones de notable perspicacia, cuyo alcance y verosimilitud no están exentas de ciertas ingenuidades, propias de aquella hora. Aún así, la profesora Brodie señala la dirección adecuada, cuando posula a Burton como una suerte de precursor de Sigmund Freud y su ignorado piélagos de lo reprimido y lo inconsciente. Por supuesto, Burton nunca pretendió añadir a sus honores de lingüista, de antropólogo, de explorador, de orientalista, el árido membrete de psicólogo. Sin embargo, tanto Burton como Freud deben su obra a un nuevo gusto por lo abisal y lo te-



Portada del libro donde el diplomático, aventurero y orientalista británico Richard Burton (1821-1890) aparece retratado por Frederic Leighton.

rrible, por la nueva categoría de lo sublime, que ha tenido su origen en el orbe anglosajón, en los ensayos de Addison y Burke, y que alcanzará el continente con las apostillas y considerandos de Immanuel Kant. Un abismo es sublime porque

## La verdad desnuda



Vista de Hiroshima en 1945 poco después de la bomba.

**Ignacio F. Garmendia**  
Eran las ocho y cuarto de la mañana del 6 de agosto de 1945 cuando el “silencioso resplandor” se abatió sobre Hiroshima, señalando con absoluta precisión el inicio de la era atómica. El hongo nuclear, los cadáveres aplastados, la niña corriendo con los brazos extendidos, las vistas aéreas de la ciudad devastada, la memoria colectiva guarda para siempre estas y otras imágenes de un horror que no admite calificativos, pero esa memoria está hecha también de palabras y entre ellas las de John Hersey ocupan un lugar ineludible. Publicado en 1946 por la revista *New Yorker*, que le dedicó un número monográfico, *Hiroshi-*

ma ha sido calificado como el reportaje más famoso de la Historia, pero más importante que la formidable repercusión que obtuvo en su momento es el que

su lectura, casi siete décadas después, siga siendo tan emocionante e iluminadora como entonces. Como afirma el traductor, Juan Gabriel Vásquez,



D. S.

los norteamericanos, acogidos al falaz argumento de que el uso de la bomba ahorró vidas, no se habían mostrado interesados en observar de cerca los estragos causados por la decisión de arrojarla. Hersey les mostró y nos muestra cómo lo vivieron los habitantes de Hiroshima.

Lejos de regodearse en el patetismo, el periodista fue a lo concreto sin perder el tiempo en debates teóricos o condenas expresas, cediendo todo el protagonismo a las víctimas. Sobrio, riguroso, estrictamente factual, su relato refleja la experiencia de seis perso-

blime es un tipo de belleza en la que el terror se hermana con lo grandioso y lo infrecuente. Esa misma belleza, tan novedosa como ambigua, es la que el Occidente viajero hallará en Oriente. En buena medida, el Oriente de los orientalistas como Burton es la encarnación geográfica y vital de esta nueva tipología. Una tipología, por otra parte, donde lo pintoresco y lo malvado, la sexualidad y la puerza, se ofrecen al lector a través de una figura también sublime: el aventurero, el sabio, el *beau tenebreux*, personajes todos que encarnó fidedignamente Richard Burton, y que añaden verosimilitud a la naturaleza anómala, a la ambición desmesurada, indiscernible al cabo, de su vida y su obra.

Todas estas apreciaciones, de fuerte coherencia interna, vienen explicadas pomposamente en *El diablo manda* de Fawn M. Brodie. A lo cual debe añadirse

Lo sublime es un tipo de belleza que hermana el terror con lo grandioso y lo infrecuente

una oportuna vindicación de Isabel Arundell, la mujer de Burton; una vindicación que es a un tiempo un acto de justicia y una inculturación expresa. A lo largo de estas páginas, la profesora Brodie elogia los méritos literarios y el arrojo infrecuente de la esposa de Burton, sin olvidar sus actos menos elogiados. Muerto Burton, su viuda purgó ampliamente sus diarios y dio al fuego su traducción de *The Secret Garden*, donde una franca sexualidad contrariaba el estricto catolicismo de su viuda. De este modo, el viejo explorador, el formidable erudito, el traductor inhóspito y convertido, reverte, por mano de su mujer, en venerable efigie victoriana.

naes —la viuda Nakamura, el padre Kleinsorge, la señora Sasaki, el reverendo Tanimoto y los doctores Sasaki y Fujii— llamados no supervivientes, palabra que los japoneses tendieron a evitar para no ofender la memoria de los muertos, sino “afectados por la explosión”, pues las consecuencias de la misma fueron perdurables a una escala desconocida y de hecho el propio Hersey escribió un capítulo posterior (1985) referido a *Las secuelas del desastre*, donde retomaba años después los maltratos de sus protagonistas. Magistral en su forma de manifestar compasión desde una distancia teñida de respeto, el reportaje vale también como admirable paradigma del objetivismo que define, mucho mejor que la retórica del yo con la que se adornarían los mitificados reporteros de la nueva ola, el reto moral de la tarea periodística.